

Blanco y negro



—Hola, mi niña —saludó la Señora María a la joven que se dirigía de regreso a su casa, con un poco de frutas frescas recogidas en el bosque.

—Hola, Señora María —saludó contenta Lina.

—Veo que madrugaste hoy —observó la mujer mayor.

—Como todos los días no más, Señora María —respondió la muchacha.

— ¿Alguna vez piensas en descansar? —quiso saber su vecina.

—No tengo mucho tiempo —reconoció Lina—. El campo y los animales necesitan mucho cuidado.

—Tú también, querida —opinó la señora.

—Bueno, algún día —aceptó la joven.

—Necesitas que alguien te ayude en el campo y te abrace en las noches frías de invierno. Tal vez un novio —insistió la Señora María.

—Sabe que tengo muy mala suerte en el amor —se excusó Lina—. Además no estoy sola.

—Tu niño también necesita un padre y no el malandrín que ya sabes —opinó la buena mujer.

—No por ahora —concluyó la muchacha.

Ante la abrupta negativa, la señora prefirió no insistir en el asunto, al menos por el momento.

—La invito a tomar desayuno —ofreció la joven a su vecina.

—Encantada; justo te traía unos pastelitos que una sobrina me trajo de Mendoza —mostró la Señora María.

—Yo tengo pan amasado fresquito y mermelada de moras muy rica —celebró la muchacha.

— ¿Pero qué pasó aquí? —preguntó Lina de pronto, al ver que su estanque de agua tenía un gran agujero.

— ¿Pero quién haría tal maldad contigo, sobre todo después de todo lo bueno que haces a los demás? —se preguntó incrédula la Señora María.

—Yo sé quién fue —comentó la joven—. Siempre viene a hacer algún destrozo.

—Es muy tonto o muy valiente, teniendo en cuenta las cosas que tú puedes hacer —opinó la señora.

—La magia blanca no se usa para dañar a los demás, Señora María; ni siquiera a las personas malas —indicó Lina.

—Lo que pasa es que tú eres una persona demasiado buena y generosa, y algunos se aprovechan de eso. En especial el desgraciado de tu ex marido —observó la señora.

—Aaayy, no. También me mató una gallina —se lamentó la joven, con una mirada llena de rabia en sus ojos, la cual enseguida desapareció, dando paso a su dulce e inocente mirada que la caracterizaba.

—Esto ya es maldad pura — opinó indignada la señora.

—Ni modo, obligada voy a tener que comprar otra gallina. Por suerte tengo algo de dinero; voy a tener que ingeniármelas para arreglar el estanque —aceptó Lina, sabiendo que no podía darse por vencida ante ningún obstáculo que la vida le pusiera por delante.

— ¿Entonces, qué prefiere, té o café con leche? —preguntó amablemente la joven, abriendo la puerta de su casa a su invitada.

—Eres increíble, mi niña —sonrió la Señora María, admirada de la fortaleza y nobleza de su esforzada vecina.

Unos matecitos antes del desayuno, fueron muy bien recibidos; y después, los pastelitos desaparecieron rápidamente de la mesa, bien mojados por un exquisito café con leche fresca.

—Mi sobrina me contó que en el avión de Mendoza, venía un caballero extranjero, y parece que se va a quedar a vivir un tiempo aquí —comentó la señora.

— ¿Señora María, qué sugiere? —rio Lina.

—Nada, yo solo te cuento algunas cosas que me dijo mi sobrina —respondió la mujer, tomando un pastelito y mirando con inocencia a su amiga.

...

Al otro día temprano, la muchacha comenzó a armar un corral para las nuevas gallinas. Al cabo de unas horas, armada con un martillo y una plancha de metal, se enfrentó al agujero en el estanque de agua.

—Esto no es tan fácil como trabajar madera —observó después de un rato, sentada en el suelo y pensando que iría a vender algunas de las cosas que hacía con madera.

Se quedó un rato así, dibujando con un palito en la tierra, algunas cosas que un amigo le había mandado por teléfono. Una camioneta que hacía sonar estridentemente su bocina, la sacó de sus pensamientos.

— ¿Por qué tanto escándalo? —se quejó Lina, al ver que el vehículo se detenía a escasos metros, levantando una gran polvareda.

—Deje ese vejestorio ahí, mi niña —dijo la Señora María, bajando de la camioneta.

—Linita, la Señora María nos contó lo que pasó y vinimos a darle una mano —agregó Don Juan, el dueño de la ferretería del pueblo.

—Pero esto cuesta mucho dinero —observó la muchacha, ante el reluciente estanque de acero, la impresionante motobomba y las cañerías nuevas.

—Es un regalo. Recuerde que usted, hace un año salvó mi ferretería y el pueblo entero, durante el incendio; además, esa vieja bomba ya no quiere más guerra y el estanque roto no se puede arreglar —indicó Don Juan.

—En ese caso voy a buscar herramientas para ayudarles —aceptó emocionada Lina.

—Nada de eso, usted se va para adentro con nosotras —la detuvo la Señora Rosa.

—Hola, Rosita —saludó contenta la muchacha.

Los hombres trabajaban arduamente, deteniéndose de vez en cuando para hacer alguna observación respecto a la obra.

A regañadientes, Lina solo se limitaba a prepararles mucha limonada para capear el calor.

Un agradable aroma a carne asada llegó a la nariz de la joven, sorprendiéndola aún más.

¿Pero se volvieron locos? —preguntó saliendo al patio.

—Esto es demasiado y no me lo merezco —objetó la modesta muchacha, al ver el cobertizo que encerraba la noria y su reluciente nuevo equipo.

—Nada de eso, mijita —corrigió Don Juan, que terminaba de fijar las planchas del techo.

— ¡Cuidado, Don Juan! —gritó Lina cuando el hombre, en un descuido, perdió el equilibrio.

Flotando libremente, Don Juan tocó suavemente el suelo, mientras la joven mantenía los brazos extendidos.

Todos los presentes estallaron en un espontaneo aplauso, ante la salvada del caballero.

—Por favor, me van a hacer poner colorada —comentó avergonzada Lina.

—Y usted sea más cuidadoso, Don Juan —lo reprendió la Señora María.

—Linita, para que ningún bandido vuelva a dañar sus cosas, voy a dejarle instalada una alarma en toda su casa —señaló uno de los vecinos.

—Así, cualquier cosa que pase, o que alguien trate de dañar algo, vamos a llegar rapidito aunque usted no esté en la casa y entre todos lo tapamos a palos —agregó la Señora Rosa.

—Ay, no sé qué decir. Todos ustedes son tan buenos conmigo —contestó Lina, sinceramente emocionada y agradecida.

— ¿Nadie tiene hambre? —preguntó Don Juan, cortando la carne asada.

—Aquí está la ensalada —dijo la Señora María, acompañada de otras mujeres cargadas de fuentes.

...

El silencio y la soledad reinaban en medio de la noche, bajo el cielo estrellado del sur. Una rubia mujer se detuvo frente a la casa de Lina, contemplándola durante unos minutos; al cabo de los cuales alzó sus brazos hacia la luna llena.

—Reina de la noche, pon esta morada bajo la protección del aquelarre de brujas blancas.

Un resplandor como la luz de la luna envolvió por un breve instante la propiedad.

Después de concluir su sencillo conjuro, la mujer se retiró convertida en una nubecilla de vapor.

Sin que Lina lo supiera, su humilde casa había sido cubierta por un mágico manto protector.

...

—Mmm —rezongó de mal humor el tipo—. Así es que arreglaste tu casa.

Movido por una obsesión irracional de hacerle daño; motivado solo por el sentimiento de desprecio y odio que nació el día en que ella lo abandonó; no perdía oportunidad para romper algo o matarle alguno de los animales, que su ex mujer cuidaba y conseguía con tanto esfuerzo y esmero. Si él no podía ser feliz, ella tampoco lo sería, pensaba para sí el miserable y despreciable hombre.

Buscando en el suelo encontró dos grandes piedras de su agrado. Sin prisa, como disfrutando el momento, el tipo observó la casa, concentrándose en los vidrios de una ventana, sin sospechar que dos oscuros ojos lo observaban desde lejos.

Ante la seguridad que le confería la madrugada y la ausencia de transeúntes, arrojó con fuerza los rústicos proyectiles. Siempre había podido actuar con total impunidad, así es que no esperaba lo que ocurrió. Las piedras rebotaron contra el vidrio sin hacer mella alguna; su desconcierto se convirtió en una descarga de adrenalina, cuando una estridente sirena comenzó a sonar y se encendieron las luces de varias casas vecinas.

Como buen cobarde que era, corrió hacia su automóvil y huyó lo más rápido que podía del lugar, siempre bajo la oscura mirada que lo vigilaba.

...

— ¿Mijita, está bien? —preguntó la Señora Rosa, que llegó a los pocos minutos, acompañada de varios vecinos.

—Sí, Rosita. Creo que alguien tiró unas piedras a la ventana —observó Lina, mirando los dos peñascos bajo la ventana.

— No pudieron romper nada, pero activó la alarma —agregó la Señora María.

—Gracias a todos por venir —contestó la muchacha, algo incómoda por la molestia provocada a sus vecinos.

...

—Vaya que es desagradable esa mujer —comentó para sí mismo el tipo, mientras se preparaba una taza de café con leche— ¿Cómo se le ocurre ponerle una alarma a la casa?

— ¡Pero qué asco! —gritó, escupiendo la leche—. Esta cosa se avinagró.

—Mejor me duermo un rato, total no voy a trabajar —se dijo, quitándose los zapatos y pantalones.

El tipo cayó rápidamente en un profundo sueño; pero sentía una atmósfera opresiva; sonidos extraños, sombras amenazantes y desagradables olores. Después de un lapso de tiempo imposible de precisar, logró abrir los ojos. Sin embargo, se sentía tan aturdido que volvió a dormirse.

Los sueños dieron paso a angustiantes pesadillas; horribles monstruos lo perseguían y amenazaban con destruirlo, o peor aún.

Mojado en transpiración, el tipo despertó sobresaltado y más agotado de lo que estaba antes de dormirse.

...

Ya era pasado mediodía cuando logró salir de la cama; cansado, con sueño y hambriento. La leche no servía, los huevos estaban podridos y lo único que quedaba era unas cuantas manzanas.

Con verdadera ansiedad clavó sus dientes en la roja fruta. El asco le hizo escupirla con fuerza, al sentir las cosas moviéndose dentro de su boca. Las arcadas y vómito no se hicieron esperar, al ver el interior de la manzana hirviendo en pequeños gusanos.

...

Sudando copiosamente, con dolor de estómago y zumbido en los oídos, el tipo se sentó aparatosamente en el sofá. Los ojos comenzaron a cerrársele nuevamente, pero al recordar las pesadillas luchó contra el cansancio; con un esfuerzo supremo logró ponerse de pie y salir a la calle, donde el aire sureño en su rostro lo despertó.

Todo se veía extraño, aunque no lograba precisar en qué exactamente. Las personas le parecían normales, hasta que por casualidad sus ojos vieron el reflejo en una vitrina; grotescos demonios lo observaban con una burlesca mueca en la boca.

Sobresaltado, el tipo se volvió bruscamente, para ver a dos señoras que le dieron una mirada despreciativa, como si vieran a un loco suelto.

Cansado, el tipo regresó a su casa a eso de las diez de la noche; no se había dado cuenta de cuando anocheció.

Con hambre y sin nada que comer, solo se dejó caer encima de la cama. No había pasado ni un minuto, cuando se sumió en el horrible mundo de las pesadillas. Animales monstruosos lo atacaban, insectos lo devoraban por dentro y fantasmas aterradores lo acosaban.

Días y noches interminables plagados de horrores y pesadillas, ya sea dormido o despierto; casi sin haber podido comer o beber nada, tenían al tipo casi al borde de la locura.

...

La luna llena en un claro en el bosque sostenía una profunda conversación con una rubia mujer.

—Siento una energía muy oscura, que no puede ser ninguna otra cosa que por las obras de un brujo negro —dijo la mujer, mirando a la guardiana de las brujas blancas—. Debo averiguar cuáles son sus intenciones aquí.

...

Los agudos sentidos de la bruja, en armonía con todas las criaturas del bosque, la guiaron hasta una cueva oculta entre unas rocas.

Gruesas velas negras, sangre de algún animal sacrificado y tierra de cementerio, indicaban que ahí se había realizado magia negra. La bruja miró con detención el altar donde se había efectuado recientemente el maleficio.

...

La noche siguiente, el aquelarre de brujas blancas se reunió para rendir culto a su diosa.

Danzando alrededor de una pira ardiente, las brujas alzaron sus manos hacia la luna llena, entonando su mágico conjuro.

—” Invoco a la Diosa que susurra a mi alrededor
Despierta
Bruja poderosa
Invoco a tu luz y a tu sombra
Soy tierra, soy agua, soy fuego y soy aire.

Soy bruja poderosa
Soy una con la Diosa y con mis ancestras.
La oscuridad no puede derrotar a mi luz
Porque mi corazón es puro, mi voluntad es fuerte
Y mi palabra es ley.

Despierta bruja poderosa
Despierta
Despierta”

Cada vez con más fuerza, repitieron una y otra vez el antiguo saludo a la diosa de las brujas blancas.

—” Despierta bruja poderosa
Despierta
Despierta”

Oculto entre los árboles, el brujo negro observaba a las brujas blancas.

—Debo ser cuidadoso de no llamar mucho la atención de estas brujas. Aunque mi poder es mayor, me superan ampliamente en número —meditó en voz baja.

Después de presentar sus ofrendas a la diosa, las brujas se retiraron; todas, excepto la sacerdotisa del aquelarre.

Cuando todas ya estaban lejos, la bruja hizo un ademán con la mano, indicándole al brujo que se acercara.

Desconfiado como de costumbre, el brujo aceptó la invitación, no sin antes concentrar su voluntad en uno de sus anillos; manteniendo su rostro oculto bajo una oscura capucha.

— ¿Por qué has venido a esta comarca? —preguntó directamente la bruja.

—Tengo asuntos personales aquí —contestó el brujo.

— ¿Asuntos que involucran magia negra? —quiso saber la bruja.

—Yo sabré como me encargo de mis cosas —señaló el brujo—. Y eso no es de la incumbencia de una bruja blanca.

—Todo lo que implique magia en estos bosques es de mi incumbencia —aclaró la bruja.

—Si ustedes no interfieren conmigo, yo no interferiré con ustedes —agregó el brujo.

—No olvides que estás solo y nosotras somos muchas —señaló la bruja.

— ¿Es una amenaza, acaso? —preguntó el brujo, mientras su anillo se iluminaba.

—Nada de eso, es solo un recordatorio —aclaró la bruja.

—Estoy consciente de ello —coincidió el brujo.

—Vi tu altar y noté que realizaste un hechizo contra alguien —agregó la bruja.

—Hay una basura humana que está torturando prácticamente a una de tus brujas, y tiene que aprender una lección de humildad y rectitud —explicó el brujo.

—Es extraño escuchar a un brujo negro hablar de humildad y rectitud —comentó la bruja.

—Puede ser, pero ese humano se lo tiene muy merecido —indicó el brujo, relajando las manos.

—No voy a entrometerme en tus asuntos, siempre y cuando ella no se entere de tus acciones—concluyó la bruja.

— ¿Miedo a perder a una de tus discípulas y que se convierta en una bruja negra? —preguntó burlón el brujo.

—Ya estás advertido, brujo —terminó la bruja, disolviéndose en una niebla que rápidamente se disipó.

—Bueno, supongo que eso significa que puedo continuar con mi trabajo —se dijo el brujo al quedar solo en medio del claro, desapareciendo en una negra bruma.

...

Como todas las mañanas, Lina se levantó antes que el sol. Ya no había más sorpresas desagradables por cortesía de su ex pareja.

—Aunque no me quejo, me llama la atención que hace varios días no me ha molestado. ¿Estará enfermo? —se preguntó la muchacha.

Cerca de mediodía, Lina tuvo que ir al centro del pueblo a comprar algunos víveres para la semana. El tránsito estaba inusualmente congestionado ese día.

Las bolsas que la muchacha llevaba cayeron de sus manos, cuando vio que un automóvil perdía el control y se desviaba de frente, hacia un bus lleno de niños de un colegio. Si se estrellaban se desencadenaría una tragedia.

— ¡Alto! —gritó Lina separando los brazos delante suyo.

Todos los vehículos se detuvieron al mismo tiempo, como si una mano invisible los hubiese atrapado. El automóvil quedó inmovilizado a escasos centímetros del bus.

Los conductores de ambos vehículos se bajaron sorprendidos, sin lograr comprender lo ocurrido.

Lina debió apoyarse en una pared, para poder mantenerse en pie; sin embargo, a pesar del gran cansancio que se apoderó de ella, debido al esfuerzo realizado, se sentía contenta de haber hecho una buena acción.

Luego de recoger sus compras, la muchacha se encaminó a su casa. Había caminado algunos metros, cuando se encontró de frente con su ex, al cual casi no reconoció, debido a su demacrado y descuidado aspecto.

El tipo echó a correr aterrado, como si hubiese visto un fantasma espantoso; reacción que nunca Lina habría esperado ver en su ex.

Desde lejos un extraño observaba toda la escena, desde una distancia prudente.

—Bueno, aún queda mucho que hacer este día —se dijo Lina, como siempre pensando en su campo.

...

Temblando de miedo, el insoportable ex marido de la muchacha entró en su casa, con la desagradable sensación de que algo horrible lo estaba persiguiendo.

Agotado, se tiró en su cama hecho un ovillo. Trató de resistirse, pero el sueño lo invadió y lo arrastró a un aterrador mundo de pesadillas, plagado de todo tipo de horrores.

Cubierto de sudor, despertó con los golpes que alguien daba en su puerta.

—Ya voy, no tiene para qué echar abajo la puerta —gritó desde la cama, levantándose a duras penas.

—¿Qué quiere? —preguntó el tipo al extraño que molestaba a esa hora.

—Necesito hablar un asunto importante con usted —explicó el extraño.

—¿De qué se trata? —quiso saber el tipo.

—Por favor invíteme a pasar para explicarle —pidió el desconocido.

—Está bien, pase —aceptó el tipo.

El extraño recién cruzó el umbral de la puerta y puso un pie dentro de la casa.

—Le quiero hablar de su esposa —señaló el extraño.

—Hace tiempo que estamos separados —explicó el tipo.

—Lo sé, y también sé que cada vez que puede, usted le hace daño a ella o a sus cosas —comentó el desconocido.

—¿A usted lo mandó ella acaso? —preguntó el tipo, poniéndose a la defensiva.

—Ella no sabe nada de esta visita y así quedará —contestó el desconocido.

— ¿Entonces qué quiere? —preguntó alterado el tipo, tomando un afilado cuchillo.

—No sea vulgar —cortó el extraño, golpeándole el brazo con el bastón que llevaba.

—Por favor no me haga nada —rogó el tipo—. Estoy enfermo.

—Debió pensarlo antes —contestó el desconocido, apoyando su mano en el hombro del tipo, mientras su anillo se volvía incandescente.

...

Cerca de la hora de almuerzo, el extraño llegó a la casa de Lina, la cual estaba arreglando una cerca en su gallinero.

—Hola, buenas tardes —saludó el hombre, que llevaba un conejito en brazos.

—Buenas tardes —respondió Lina—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Encontré este conejito herido y preguntando a la gente por un veterinario, me dijeron que usted era buena cuidando animalitos —explicó el hombre.

—La verdad es que me gustan mucho los animalitos y ayudar si está en mis manos —respondió la muchacha.

— ¿Entonces se lo puedo dejar a usted? —quiso saber el hombre.

—Claro que sí —aceptó Lina, tomándolo con mucho cuidado.

—Muchas gracias —contestó el extraño.

—Usted no es de aquí —observó la muchacha—. Tampoco es de Argentina.

—La verdad es que soy del otro lado de la cordillera —explicó el hombre.

— ¿Anda turisteando? —preguntó la joven.

—Si y no. La verdad es que me gustó tanto el lugar y su gente, que me voy a quedar un tiempo largo por aquí, y ya veremos más adelante qué pasa —señaló el forastero.

—Pues, ya que le gustan los animalitos, ya tiene una amiga aquí —contestó amablemente Lina.

—Mami, ya tengo hambre —reclamó un pequeño niño que salió de la casa en busca de su madre.

—Este es mi sol y mi mundo —presentó Lina a su hijo.

—Hola, caballerito —saludo el extranjero.

—Su marido debe estar muy contento y orgulloso de la linda familia que tiene —supuso el hombre.

—Solo somos mi hijo y yo —aclaró la muchacha.

—Ya veo —comento el extraño.

— ¿Le gustaría acompañarnos a almorzar? —ofreció Lina amablemente, que extrañamente sentía una gran confianza ante el extraño.

—Tal vez en otra oportunidad —se excusó el hombre—; ahora debo continuar con algunos asuntos pendientes.

—Hasta pronto entonces —se despidió la muchacha, con una dulce sonrisa y concentrándose en el conejito que necesitaba de sus cuidados.